

# Transiciones. Las transformaciones de los compromisos juveniles partidarios en la posdictadura en Argentina\*

Melina Vázquez\*\* y Marina Larrondo\*\*\*

## Resumen

El presente artículo analiza y describe las transformaciones de los compromisos militantes juveniles durante la recuperación democrática en Argentina (1982-1989). En primer lugar, se exploran reconfiguraciones de la experiencia y prácticas militantes, las cuales evidencian un proceso de deconstrucción del modelo del militante total y del mandato sacrificial –propios de la militancia juvenil de las décadas de 1960 y de 1970– que da lugar a una serie de transiciones hacia nuevas figuras de militancia democrática. En la diversidad de carreras que reconocemos en el período, se distingue un primer clivaje entre quienes militan durante o previo a la restauración democrática. En segundo lugar, se analizan algunas de las transformaciones dentro de los espacios político-partidarios y se consideran especialmente los modos de incorporación de las nuevas generaciones de jóvenes. En tercer lugar, se analiza el impacto del proceso de democratización en la relación entre militancia política y cultura. Finalmente, se explora la emergencia de la categoría “vida” como clave interpretativa de experiencias relevantes de movilización del período y de distinciones para la militancia democrática. El artículo recupera resultados empíricos de una investigación más amplia orientada al abordaje de las militancias juveniles entre 1982 y 1989 realizada desde el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes (GEPOJu, IIGG-UBA).

**Palabras clave:** : transición democrática, militancias, activismos, juventud, partidos políticos.

## TRANSITIONS. THE TRANSFORMATIONS OF PARTISAN YOUTH COMMITMENT IN THE POST-DICTATORSHIP IN ARGENTINA

## Abstract

This paper analyzes and describes the transformations of youth activist commitment during the democratic transition in Argentina (1982-1989). Firstly, we explore the reconfigurations of activist experiences and practices. These reconfigurations show a process of deconstruction of the “total activist” model and of the sacrificial mandate, typical of youth activism in the 1960s and 1970s, and a transition towards new figures of democratic activism in the 1980s. In the diversity of activist careers that we observe in the 1980s, we identify a first group among those who were politically engaged during the democratic restoration or before it. Secondly, we discuss some of the transformations within political or partisan spaces, and we consider the ways in which new generations of young activists are recruited. Thirdly, we analyze the impact of the democratic transition on the relationship between political activism and culture. Finally, we explore the emergence of the category “life” as a key to understand relevant mobilization experiences during the period and forms of legitimation within democratic activism. The article uses empirical results from broader research on youth activism between 1982 and 1989, conducted by the Politics and Youth Studies Group (GEPOJu, IIGG-UBA).

**Keywords:** Democratic Transition, Activism, Youth, Political Parties.

**Fecha de recepción:** 14 de abril de 2019

**Fecha de aprobación:** 30 de marzo de 2020

\* Esta investigación se originó en el Grupo de Estudios en Políticas y Juventudes (GEPOJu), Instituto Gino Germani (IGG), Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), proyectos PICT 2012-1251 “Activismo y compromiso político juvenil: un estudio sociohistórico de sus experiencias políticas y militantes, 1969-2011” y PICT 201-0078 “Militancia juvenil en democracia. Un estudio comparativo del activismo político en la recuperación democrática (1982-1987) y en el pasado inmediato (2008-2015)”.

\*\* Melina Vázquez, IIGG-UBA/CONICET, mvazquez@sociales.uba.ar.

\*\*\* Marina Larrondo, Centro de Investigaciones Sociales-Instituto de Desarrollo Económico y Social/CONICET, mlarrondo@udesa.edu.ar.

## Introducción

¿Qué ha sucedido entre los proyectos emancipatorios y revolucionarios que habitaron buena parte de las experiencias militantes juveniles en las décadas de 1960 y de 1970 en diferentes países del Cono Sur y aquello que fue caracterizado como un proceso de creciente apatía y desinterés juvenil en la década de 1990? ¿Por qué los años ochenta han quedado como una década prácticamente desestimada en los estudios sobre participación política en la región? ¿Qué militancias emergieron en esos años, qué significantes y qué “luchas” articularon? El presente trabajo propone responder algunos de estos interrogantes por medio del análisis de las transformaciones de las militancias juveniles partidarias en la década de los ochenta en Argentina.

La recuperación de la democracia en la Argentina representa un momento de puesta en crisis y salida de la dictadura militar más cruenta en el país. El contexto de opresión, represión y violencia por parte del gobierno de facto (1976-1983) produce condiciones de posibilidad para la (re)elaboración del pasado y del presente y de las propias experiencias militantes para tanto políticos y activistas como, en especial, jóvenes. El objetivo de este artículo es analizar la construcción de los compromisos militantes de jóvenes en partidos políticos en el contexto de la recuperación y de los primeros años del gobierno democrático en Argentina. Nos interesa retomar aspectos de distinto nivel y escala que permiten pensar, de manera articulada, transformaciones institucionales, políticas y personales vinculadas con la producción de una nueva generación de jóvenes y militantes de los años ochenta, en la que se combina la reconversión de las carreras de militantes de los años setenta con el ingreso de jóvenes a la política en pleno proceso de restablecimiento de la democracia.

El trabajo recupera una perspectiva sociohistórica (Offerlé, 2011) para comprender las lógicas de la acción colectiva y el activismo juvenil. Este enfoque busca reconstruir la génesis de los procesos rutinizados e institucionalizados, desnaturalizar algunos de los objetos de estudio reificados desde ciertas lecturas de la ciencia política (como “los partidos”, “el voto”, “las reglas de funcionamiento de la democracia”, etcétera) y desentrañar las fronteras porosas que presenta lo político como objeto y como materia de estudio. La mirada sociohistórica en este trabajo se nutre y se articula con nociones provenientes de la sociología del compromiso militante (Agrikoliansky, 2001; Fillieule, 2001; Fillieule y Mayer, 2001; Pudal, 2011). Esta perspectiva propone descentrarse de las miradas que consideran a la militancia a partir de grupos (partidos políticos, movimientos sociales, sindicatos, entre otros posibles) y, en su lugar, abordar las maneras en que se producen histórica y socialmente los compromisos. El estudio de las carreras, de las causas y de las figuras militantes son las principales herramientas teórico-metodológicas de las que esta perspectiva se vale.

En este artículo, utilizamos la noción de “figuras militantes” (Pudal, 2011) para aproximarnos al procesamiento social y generacional de los compromisos militantes en la posdictadura. Pese a que el trabajo se centra en las militancias *en* partidos políticos, no se trata de un estudio *sobre* partidos políticos. Por el contrario, y conforme a la hipótesis que guía este trabajo, sostenemos que las militancias juveniles partidarias constituyen una vía de acceso al estudio de los modos de participación política en la

naciente democracia. Por ello, en el trabajo reconstruimos elementos por medio de los cuales arribamos a la figura del joven militante democrático, más allá de las diferencias en los perfiles ideológicos de los partidos y las posiciones específicas que adoptan en el nuevo escenario político. La figura emergente del período puede interpretarse de acuerdo con los rasgos de una militancia a favor del restablecimiento de la democracia que, a su vez, traza distancias y diferencias con el mandato sacrificial de la militancia (Longoni, 2007) característico de las dos décadas anteriores.

Los estudios sobre la vuelta a la democracia forman un campo de investigaciones específico en Argentina y en otros países del Cono Sur. En algunos trabajos, se debate el significado que reviste el alcance de esta noción en términos de la definición de un período de tiempo, así como también el significado que adquiere la idea de “transición” (Lesgart, 2003; Visacovsky y Guber, 2005), que se interpreta como una expresión nativa de los intelectuales de la época comprometidos activamente en la salida del gobierno dictatorial. Por esa razón, hay quienes escogen el uso de los términos “posdictadura” o “gobierno democrático” (Feld y Franco, 2015).

Diferentes trabajos han estudiado las militancias en los inicios de la década de 1980. Entre estos, se destacan aquellos orientados al abordaje de colectivos, como partidos y movimientos sociales y políticos de diverso tipo. Entre algunos de los trabajos realizados, se han llevado a cabo diversos estudios sobre la juventud radical, que representa un tema de interés en relación con las agrupaciones políticas juveniles precedentes (Leuco y Díaz, 1987; Muiño, 2011; Beltrán 2013) o aquellos más específicos sobre militancia estudiantil universitaria (Toer, 1988) o secundaria (Berguier, Hecker y Schffrin, 1986; Larrondo, 2014). En relación con las experiencias militantes desde una mirada generacional, se destacan los trabajos presentes en la compilación de Vázquez, Vommaro, Núñez y Blanco (2017), que incluyen fenómenos vinculados con juventudes partidarias, territoriales y estudiantiles; la investigación de Fernández Hellmud sobre las brigadas juveniles a Nicaragua (2015); el trabajo de González Bombal (1988) sobre movimientos barriales; y el de Bruzzone y Longoni (2008), sobre los denominados “siluetazos”. Desde una perspectiva más analítica, Ollier (2009) analiza la reconfiguración de las identidades políticas de la militancia revolucionaria en los primeros años de la restauración democrática.

El artículo busca hacer un aporte a la comprensión de las militancias juveniles en la posdictadura en Argentina. Se analizan las carreras de militancia en su contexto sociohistórico a partir de un enfoque cualitativo (Denzin y Lincoln, 1994) que triangula fuentes y perspectivas analíticas. Para ello, se llevaron a cabo veintiséis entrevistas individuales de carácter biográfico a jóvenes militantes de los primeros años de la década de los ochenta, que se desenvolvían en diversos ámbitos, y pertenecían a distintos espacios de militancia, como fueron el Partido Intransigente (PI), Franja Morada (FM), Juventud Radical (JR), el Movimiento al Socialismo (MAS), Juventud Peronista (JP), Federación Juvenil Comunista (FJC) y algunos independientes.<sup>1</sup> De forma complementaria, se analizó material de prensa de agrupaciones

1 En el anexo se puede acceder a una tabla con las entrevistas citadas en este trabajo.

políticas y periódicos de circulación nacional obtenidos a partir de diferentes archivos y colecciones personales que aportaron los propios entrevistados.

En función de lo dicho, el artículo se organiza en diferentes apartados. En el segundo apartado, exploramos las mutaciones que se producen en un conjunto de espacios político-partidarios durante la restauración democrática y las estrategias de articulación que se llevan a cabo desde la construcción de identificaciones generacionales. En la tercera sección, abordamos las transformaciones de las que es objeto el mandato sacrificial, más característico de la militancia revolucionaria y de modelos de compromiso totales. Lejos de proponer lecturas binarias o lineales (“militancias revolucionarias” versus “democráticas”), mostramos la persistencia de cierto vocabulario militante, la reinención de la democracia como un valor, la ponderación del voto y la vinculación con espacios político-partidarios, la producción de modos “más personales” de adherir y de construir compromisos políticos y, finalmente, la puesta en tensión de un formato de socialización homogeneizante en las experiencias de las militantes y los militantes. En el cuarto apartado, nos centramos en explorar las maneras en que el proceso democratizador interpela y produce transformaciones en las relaciones entre militancia y cultura. Finalmente, analizamos la emergencia de la categoría “vida” –que surge desde los movimientos de derechos humanos y llega a impregnar buena parte del vocabulario de la movilización política juvenil del período– como clave interpretativa de experiencias relevantes de movilización del período.

### **Alcances, escenarios y manifestaciones del proceso democratizador en las juventudes y en los espacios políticos**

El proceso de restauración democrática propicia un crecimiento sin parangón de las afiliaciones y la participación político-partidaria. Según Mustapic (2002), 2 966 472 personas se afilian a partidos políticos: 1 489 565 lo hacen en el PJ y 617 251 en la UCR. Así, los partidos pasan a ser un lugar privilegiado frente a otros sectores organizados<sup>2</sup> (Novaro y Palermo, 2003). Además de la UCR y del PJ, los dos partidos más destacados en el proceso de retorno a la democracia, encontramos otros que cobran relevancia, en tanto se convierten en espacios de afluencia de jóvenes generaciones militantes: tal es el caso del Partido Intransigente o del Partido Comunista.

Uno de los principales desafíos durante la restauración democrática tiene que ver con recrear formas de participación en un contexto de época marcado por las desidentificaciones, por parte de las juventudes militantes, con la lucha armada, la radicalización política y la insurrección (Blanco y Vommaro, 2017). Asimismo, en el restablecimiento de la democracia, se sostienen discursos acusatorios hacia sectores juveniles. En particular, esto se produce debido a la adhesión que suscita en los primeros años de

2 Vale aclarar el peso que adquieren en este contexto los movimientos vinculados con la defensa de los derechos humanos. Aun cuando algunos de ellos preexisten al último golpe cívico militar, las organizaciones consideradas “históricas” surgen entre 1976 y 1979: Madres y Abuelas de Plaza de Mayo (1977). En los primeros años de la democracia, también se crean otras, como la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, el Equipo Argentino de Antropología Forense y Amnistía Internacional Argentina (Pereyra, 2008).

democracia la llamada “teoría de los dos demonios”,<sup>3</sup> que llegó a permear los discursos de diferentes espacios político-partidarios y militantes. Como sostienen Feld y Franco (2015), incluso entre quienes se oponían y rechazaban la represión estatal del gobierno de facto (como en buena parte de los partidos que integran la Multipartidaria), se apelaba a fórmulas, expresiones y conceptos que connotaban el uso y la reproducción de esta teoría.

Esto permite entender las valoraciones diferenciales de las que son objeto los dos partidos principales en la época, el PJ y la UCR, por parte de las y los jóvenes. Como menciona una entrevistada, en el contexto de la recientemente conquistada democracia, “lo lógico era ser de la Juventud Radical, ¡mirá si ibas a ser de la JP!... Así como en el 73 lo lógico era ser de la JP, lo lógico en ese momento era ser de la JR” (Silvia López Herrera, exmilitante de la Juventud Peronista de la Capital, comunicación personal, octubre de 2015). Según el mismo testimonio, la JP atraviesa durante ese período un fuerte proceso de estigmatización, porque está asociada con el proceso de movilización anterior y el uso de la violencia como herramienta de lucha política. Siguiendo a Aboy Carles (2001, 2010), el alfonsinismo buscó trazar una suerte de bisagra histórica ante un pasado de autoritarismo, violencia y muerte asociado con la dictadura y el terrorismo de Estado y ante una manera de hacer política, que se le atribuye al peronismo y a sectores sindicales, vinculada con el desarrollo de faccionalismos desestabilizadores. Se traza, así, una frontera asociada con un futuro promisorio, democrático, pacífico y con garantías individuales. En todo caso, es el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO),<sup>4</sup> en los tempranos ochenta, y el proceso que se organiza en torno a la renovación peronista,<sup>5</sup> en los tardíos ochenta, aquello que permite entender las condiciones de reinención de los compromisos militantes en democracia en el interior de este espacio político.

La UCR, fuerza política que encabeza el primer gobierno democrático (1983-1989), encuentra particulares condiciones de revitalización militante entre las juventudes de la mano de la Junta Coordinadora Nacional (JCN). Esta se crea a fines de los años sesenta en el ámbito universitario y se vincula con las estructuras partidarias por medio de la línea interna impulsada por Raúl Alfonsín (Renovación y cambio) desde 1972. La inesperada muerte de Balbín, presidente de la UCR y líder de la línea nacional del partido, en 1982 facilita el crecimiento de la figura del Alfonsín y, con él, de las juventudes que lo acompañan. Según Altamirano (1987), la centralidad de las juventudes en el proyecto alfonsinista tiene que ver con aquello que caracteriza como un trabajo de “modernización del partido”, que incluye

3 Según Feld y Franco (2015) esta teoría supone la existencia de una estructura bipolar de violencias (las guerrillas de izquierda y las Fuerzas Armadas a cargo del Estado) enfrentadas y con una relación recursiva entre ellas que las vuelve equiparables. Además, supone una sociedad que se encuentra en una condición de “exterioridad” en relación con ese conflicto, que es postulada como “inocente” o “víctima” de dichas violencias.

4 El MOJUPO es un espacio de articulación similar a la Multipartidaria y reúne a las ramas juveniles de los partidos. Se trata de una articulación entre el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, la Federación Juvenil Comunista, Demócrata Cristiana, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Intransigente en un contexto relativamente aperturista del gobierno del General Viola y en el marco de una dictadura que ya mostraba signos de fragilidad.

5 Denominación que identifica a quienes se oponen al sector más ortodoxo que encabeza el Consejo Nacional Justicialista. Esta oposición se concretizó en el año 1985 tras el triunfo de Antonio Cafiero en las elecciones en la que esta línea se presenta por fuera del PJ, conformando así una línea interna dentro del PJ (Ferrari y Mellado, 2016).

el uso de la movilización callejera y el impulso de afiliaciones masivas. De acuerdo con el testimonio de Jesús Rodríguez, “toda la acción política del 82 en adelante estuvo signada por ampliar los márgenes de legalidad, que significaba incorporar la mayor cantidad de ciudadanos, chicos jóvenes, comprometidos, partiendo de la base de que había que masificar todo lo posible” (Ferrari, 2013). No obstante, como mencionamos, el éxito de la JCN en la movilización de adhesiones viene de la mano de un proceso de diferenciación con el pasado reciente, interpretado como violento y conflictivo, que se manifiesta en la utilización de la consigna *Somos la vida* (ver Palermo, 1987) y que es objeto de un análisis pormenorizado más adelante.

Otros casos relevantes para pensar el período son la Federación Juvenil Comunista (FJC), vinculada al Partido Comunista Argentino (PCA); la Juventud Intransigente, vinculada al Partido Intransigente; y el MAS. Estas fuerzas políticas no poseen el mismo peso que las anteriores. A modo de ejemplo, los dos partidos más votados concentraron casi el 92% de los votos en las elecciones presidenciales de 1983 (Mustapic, 2002). No obstante, fueron espacios político-partidarios de referencia, en los cuales las juventudes desarrollaron importantes experiencias de militancia en el período, dada su fuerza en el movimiento estudiantil.

Durante la vuelta a la democracia, el PCA atraviesa un proceso de relevo generacional, que la literatura ha caracterizado como momento de *viraje*, en el que se exagera la dimensión revolucionaria y latinoamericanista y la reapropiación de símbolos de dicha orientación, como el Che Guevara. Es precisamente la vuelta a la democracia la que propicia el viraje revolucionario de la FJC que, según Fernández Hellmund (2015) y Gilbert (2009), se explica a partir de, por un lado, el replanteo de la posición asumida por el partido en los primeros años de la dictadura militar<sup>6</sup> y la identificación con la ortodoxia soviética, y, por el otro, gracias a la idea de impulsar una transformación interna que democratizara los espacios, cuestionara la toma de decisiones desde un centralismo democrático y reconociera las líneas internas en el partido. Estas transformaciones apuntan contra varios elementos fundantes del modelo del “militante total” (Pudal, 2011) presentes en el PCA y en el que se habían socializado sucesivas generaciones militantes. Esta reelaboración de figuras militantes encuentra condiciones de posibilidad en el contexto mencionado y se manifiesta tanto en la juvenilización de sus militantes y en la llegada de nuevos militantes a la FJC –muchos vinculados con el impulso de campañas solidarias a Nicaragua y El Salvador– como en la renovación de las dirigencias partidarias. En relación con esto, se verifica el ascenso de jóvenes militantes y también alejamientos, salidas y desencantos con el PCA.

Por su parte, el Partido Intransigente adquiere peso y es la Juventud Universitaria Intransigente (JUI) la que tracciona la mayor cantidad de militantes jóvenes. Aunque el PI se crea en el año 1972, es durante los años ochenta cuando se convierte en un partido de referencia para una militancia

6 El PCA sostuvo un apoyo “táctico” al gobierno de Videla y convocó a la creación de una “convergencia cívico militar” para la normalización institucional. Esta posición produjo conflictos internos y no estuvo exenta de contradicciones. No obstante, sus militantes fueron objeto de persecuciones y desapariciones durante el gobierno de facto. Para profundizar sobre la posición pública del partido en esta coyuntura, véase Gilbert (2009) y Casola (2015).

autodefinida como “de izquierda popular”. En las elecciones presidenciales de 1983 obtiene el tercer puesto y en las elecciones de medio término de 1985 obtiene cinco bancas para diputados. De acuerdo con el testimonio de uno de los militantes del Frente Universitario, el PI es un partido que favorece la confluencia de militantes con diferentes perfiles ideológicos y recorridos militantes. Asimismo, se trata de un espacio de articulación y confluencia generacional entre quienes sostenían una lectura crítica sobre las experiencias de la izquierda reciente.

Finalmente, podemos hacer mención a un partido muy importante en el contexto de retorno a la democracia: el MAS, creado en septiembre de 1982 bajo el impulso de Nahuel Moreno. La historia del partido se puede retrotraer a una de las líneas internas del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), denominada, precisamente, “corriente morenista”. A principios de los años setenta, pasa a denominarse Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el cual es proscripto durante la dictadura. Tras la derrota de la guerra de Malvinas, se produce un momento de ingreso de nuevos militantes. Sin embargo, la confluencia entre militantes de la década de 1970 y jóvenes que comienzan a militar en el ciclo de retorno a la democracia produce algunas tensiones generacionales. La nueva camada ingresa a la militancia ávida de una vida política prácticamente anulada en la dictadura y carece tanto de experiencias militantes previas como de la formación que había recibido la generación anterior. De acuerdo con Laura Marrone, perteneciente a la corriente morenista y fundadora del MAS, en los años setenta la juventud es políticamente socialista, radicalizada en los métodos y dispuesta a la lucha armada. En cambio, en los años ochenta, es caracterizada como una juventud democrática, es decir, ya socializada en *otra manera* de entender la política y la militancia.

La revitalización que viene de la mano de las nuevas y nuevos militantes explica, en parte, el crecimiento del partido. A su vez, esto se pone de manifiesto en la apertura de nuevos locales barriales, en la elaboración de revistas partidarias y en la inserción en nuevos espacios como fábricas (donde se realizan “volanteadas” al momento de ingreso de los trabajadores y en las que se busca desarrollar comisiones internas sindicales) y espacios educativos (escuelas y universidades).

Además de la transformación de los perfiles y las prácticas militantes, en los tempranos ochenta se produce un cambio en la posición ideológica del partido que, siguiendo a Osuna (2013), se desplaza del campo del “socialismo revolucionario” (tal como era definido en el PST) al “socialismo democrático”. Dicho desplazamiento no es solamente discursivo, sino que también representa un cambio en el trabajo militante del partido, en el que pierde centralidad la figura del obrero fabril y adquiere primacía una nueva figura: la de los vecinos de barrios populares urbanos, quienes habían protagonizado importantes protestas en el período. Esto permite mostrar una readaptación del partido en un nuevo escenario discursivo, político, ideológico y que también está relacionado con el repertorio de acciones militantes.

Hacia fines de los años ochenta confluyen diferentes elementos que propician el declive del MAS: la coyuntura internacional poscaída del Muro de Berlín; las tensiones entre los viejos y los nuevos militantes, que llevan

a una ruptura y a la formación de un nuevo partido por parte del espacio juvenil; las fuertes derrotas en protestas y huelgas emblemáticas; y la muerte del principal dirigente del partido, Nahuel Moreno, en 1987.

A las transformaciones acaecidas en los espacios partidarios, que explican y son explicadas por procesos de renovación generacional asociados con la presencia de nuevos –y jóvenes– militantes, se agrega el surgimiento de espacios de articulación política. Precisamente, la vocación de actuar en conjunto es una característica de los partidos en este contexto. Los espacios más importantes son los ya mencionados Multipartidaria y MOJUPO<sup>7</sup>, la Federación de Estudiantes Secundarios (FES), en la que actúan los militantes más jóvenes de los partidos (e independientes), y el proceso de normalización de la Federación Universitaria Argentina (FUA) realizado en Tucumán en 1984.

Las diferentes dimensiones analizadas en este apartado nos permiten mostrar cómo y por qué durante la recuperación democrática los partidos son espacios fértiles para el ingreso de una nueva generación a la militancia. Esto obedece, por un lado, al uso de repertorios que incluyen acciones tales como campañas de afiliación masivas, volanteadas, viajes, movilizaciones callejeras y la creación de repertorios “más juveniles”. Por otro lado, los propios partidos se ven modificados por la afluencia de una nueva generación que produce una manera de militar asociada con el valor de la democracia. El punto que merece ser destacado, más allá de las singularidades que adquiere este proceso en cada uno de los partidos, es que hay parecidos de familia en los modos de retematizar la cuestión de la democracia y la participación, que abonan la hipótesis sobre la innovación y la emergencia de estas nuevas figuras militantes.

### **Reconfiguraciones del compromiso total en la posdictadura**

Una de las claves para interpretar las figuras de militancia en las décadas de 1960 y de 1970 tiene que ver con aquello que la literatura ha caracterizado como “mandato sacrificial” (Longoni, 2007). Aunque dentro de este modelo se pueden reconocer diferencias sustantivas *entre* las militancias, su utilización permite delimitar un conjunto de aspectos comunes, como la idea de poner el cuerpo, y el ideal altruista de la militancia como entrega total a una causa que podría involucrar, incluso, la entrega de la propia vida. El elogio de la acción, el culto a la muerte y el martirologio representan aspectos nodales de esa cultura militante que se reconoce, aunque con matices, en las principales organizaciones armadas (Manzano, 2017), tal y como se manifiesta en un sinnúmero de consignas políticas propias del período, como “patria o muerte” y “ERP, ERP, ERP morir o vencer”.

El mandato sacrificial, como se desprende de la somera descripción realizada, se anuda con una concepción negativa sobre la política

7 Como mencionamos, se crea en un contexto de debilitamiento de la dictadura militar y en un ciclo de movilización política en oposición al régimen. Su objetivo era presionar una salida democrática del régimen dictatorial. Tras la derrota en la guerra de Malvinas (junio de 1982), las movilizaciones en contra de la dictadura se incrementan. Una de las convocatorias más emblemáticas la realiza la Multipartidaria en diciembre de 1982 y participan allí diversos grupos juveniles. En ese contexto, y como resultado de diversas reuniones informales entre militantes y dirigentes juveniles de los principales partidos, se crea el MOJUPO.

formal, el Estado, la democracia y las instituciones. A modo de ejemplo, algunas de las consignas que enarbolan las agrupaciones estudiantiles son “izquierda, izquierda, reformas a la mierda”, “ni golpe ni elección/ revolución” o “lucha/ lucha armada/ viva el Che Guevara”. Sobre este punto hay importantes diferencias entre las diversas organizaciones, aunque se reconoce una común identificación en torno a la valoración de un horizonte insurreccional o revolucionario; la desvalorización de la democracia formal vista como antítesis de la real y, por ende, como incompatible con cualquier proceso de cambio social; y el uso de la violencia como herramienta política legítima.

La entrega de la vida por una causa revolucionaria representa una clave primordial para descifrar los compromisos juveniles de la década de 1960 y 1970 y constituye, tal vez, el principal contrapunto con una figura emergente durante el restablecimiento de la democracia en Argentina. En este nuevo escenario, reconocemos la puesta en crisis de la figura del “militante total” (Pudal, 2011), que puede entenderse, al menos, por tres factores diferentes: en primer lugar, los efectos del proyecto sistemático de violencia estatal, persecución y desaparición forzada de personas durante el gobierno militar, que atenta contra la vida y los proyectos militantes de una generación; en segundo lugar, la complejización y pluralización de los modelos militantes, lo que dificulta encontrar una única figura tan clara como en el período anterior que permita descifrar la totalidad de los compromisos. Finalmente, la reconfiguración de los compromisos en democracia adquiere formas diversas que, como buscamos mostrar en el trabajo, se explican menos por factores “ideológicos” que por transformaciones colectivas, factores familiares y personales que se vuelven posibles dentro de los grupos y las causas militantes que sostienen. Así, la validación de la propia experiencia se relaciona con ciertas experiencias vitales, propias, de familiares o amigos, como el exilio o la clandestinidad. Como corolario de lo anterior, durante el restablecimiento de la democracia se producen nuevos modos de subjetivación política en los que se construyen nuevos modos de entender y practicar la política, en los que, sin embargo, emergen modos “más personales” –y, por ende, más diversos– de adherir y trazar los compromisos políticos. En algunos casos, se da en relación con la participación en organizaciones políticas propiamente dichas pero, en otros, sucede con modos de participar que llevan, incluso, a tensionar el uso de la categoría militante como principio de autoadscripción en favor de la categoría activista, como se observa, a modo de ejemplo, en diferentes ámbitos feministas de la época.

Independientemente de las particularidades de cada caso concreto, tras el desarrollo de modelos férreos de compromiso, el nuevo escenario (marcado por el proyecto político liderado por Alfonsín, el cual propone un consenso en torno a reglas de juego democráticas y el diagnóstico y la condena al terrorismo de Estado y a modos de participación política violenta, y la promoción y defensa de la libertad de expresión en todos los órdenes) permite abrir un conjunto de tensiones y dilemas en la experiencia de los sujetos. Como muestra Ollier (2009), el redescubrimiento de los individuos en la militancia, vinculado con prácticas como el psicoanálisis o con la experiencia de alejamiento del país y los nuevos espacios de pertenencia

en el exilio, favorecen la aparición de preferencias y deseos individuales. Más allá de eso, en el propio material empírico recabado, encontramos otras formas y caminos de tramitar el pasaje de una militancia “total” a otra “retribuida” (Pudal, 2011), no necesariamente vinculada con una epifanía o revelación personal y que tampoco implica el abandono total de ciertas causas, ideas y vocabularios, como mostramos más adelante. Por ello, proponemos pensar en los “pasajes” –en plural–, propiciados por el retorno a la democracia, a fin de explorar las transformaciones de las militancias juveniles. Así, lejos de favorecer un declive de los proyectos colectivos, se crean nuevas condiciones para el (re)descubrimiento de los compromisos, la reinención de nuevas figuras de militancia y la revalorización de la esfera privada, personal y autorreflexiva como clave de interpretación tanto de las militancias revolucionarias del pasado inmediato como de la propia experiencia contemporánea y, por supuesto, de los problemas sociales y políticos y sus diagnósticos.

### **“Pasajes”: reinterpretaciones de la democracia en democracia**

Los tempranos ochenta son un contexto fundamental para comprender la resignificación de la democracia en una diversidad de aspectos que no se agota en la dimensión institucional del fenómeno. En este apartado, proponemos explorar algunos de los sentidos emergentes de las prácticas concretas de las militantes y los militantes. Retomamos para ello la idea de “pasajes”, tanto para abrir la comprensión de las diferentes derivas, como para entender desplazamientos, reconfiguraciones, pero también persistencias en las experiencias militantes.

Si analizamos los sentidos, significantes, discusiones y vocabularios de distintas agrupaciones, es posible observar que, lejos de mostrar quiebres radicales, se producen interesantes articulaciones entre elementos del presente y del pasado. En primer lugar, porque se desarrollan prácticas militantes en las cuales la lucha democrática y sus andamiajes institucionales no son escindidos de la lucha por “el socialismo” o por “una sociedad mejor” o “la liberación”. En la mayoría de las organizaciones pertenecientes al espectro de la izquierda, la propia idea de “revolución” no es impugnada ni resulta incompatible con el sistema democrático. Esto puede rastrearse en una diversidad de documentos y en el testimonio de militantes, especialmente de aquellos jóvenes que comienzan a militar después de la transición. A modo de ejemplo, en el testimonio de un joven de la FJC que participa en 1985 del Movimiento de Brigadistas San Martín<sup>8</sup> en Nicaragua, el viaje es interpretado como parte de una experiencia juvenil vinculada con la construcción de solidaridades y convivencia: es la posibilidad de trazar vínculos internacionales con otros países latinoamericanos y, finalmente, poder “vivir de cerca una revolución”. El viaje es descrito en un tono que combina la dimensión de la aventura con los riesgos efectivos que tenía dicha participación. En otros testimonios, la relación con el proceso nicaragüense está presente como posibilidad de tener “nuestra propia revolución”, a diferencia de la cubana, que no es contemporánea a ellos como generación militante.

8 Recuperado de las entrevistas realizadas en el film “Los 120. La brigada del café” (Vázquez, 2018).

El análisis de las publicaciones de la FJC muestra que, en los primeros años de los ochenta, sus juventudes saludan los procesos revolucionarios, como el cubano y el nicaragüense, así como también tienden a reivindicar la revolución como proceso y concepto político.<sup>9</sup> Al mismo tiempo, adhieren a la democracia como forma de hacer política y se interrogan por las maneras en que esta puede convertirse en un camino para la consecución de transformaciones “revolucionarias”. Además, a modo ilustrativo, podemos recuperar la tapa de la revista *Propuesta Radical para la Liberación*, en la que se retrata un conjunto de dirigentes en el acto de conformación del Comité Nacional de Juventud, con la consigna “por una Juventud Radical Unida, Organizada, Movilizada y Comprometida con la Democracia para la Liberación”.

Imagen 1



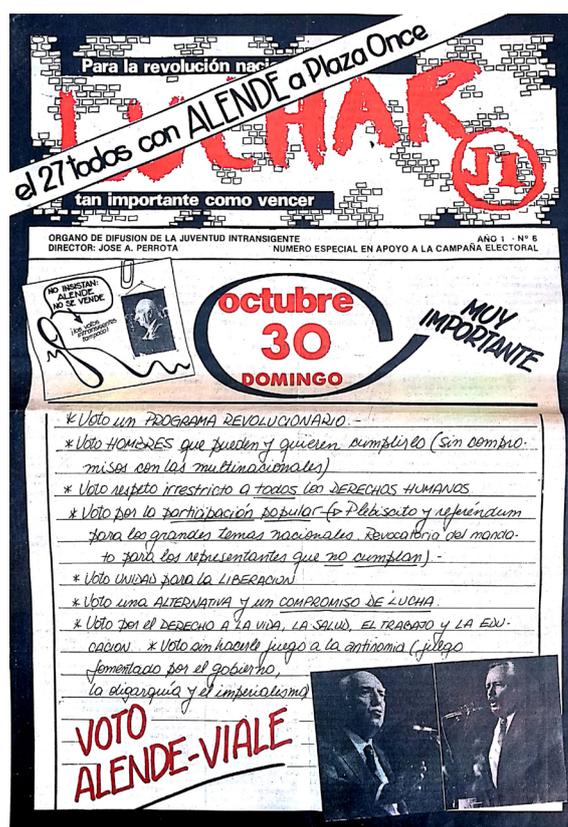
Fuente: Periódico del Comité Nacional de la Juventud Radical, Año I, N° 1, enero de 1985. Archivo documental del GEPOJu (IIGG-UBA)

9 Como mencionamos antes, la exacerbación de la revolución obedece menos a una persistencia que a una innovación, la cual tiene lugar en el PCA durante la restauración democrática.

La Juventud Radical es uno de los espacios políticos que en todo momento estableció una distancia crítica con la lucha armada y la violencia revolucionaria.<sup>10</sup> Sin embargo, adhirió y brindó apoyo a la revolución sandinista. Asimismo, según el testimonio de diversos entrevistados, algunos de sus militantes participaron del Congreso de la Juventud y los Estudiantes realizado en Moscú en 1985. La JR –al menos desde algunas tendencias– compartía, en una primera instancia, un marco de diagnóstico histórico y político y un vocabulario acorde con numerosos puntos en común con otras juventudes de centroizquierda. En esta dirección, los documentos de la Federación de Estudiantes Secundarios, incluida la Juventud Radical, solicitaban planes de estudios “nacionales y populares” (Larrondo, 2019).

Queremos incluir algunas ideas adicionales tomando como insumo la tapa de la revista *Lucha*, perteneciente a la Juventud del Partido Intransigente, en la que se esgrimen las razones por las cuales se debe acompañar con el voto a Oscar Alende.<sup>11</sup>

Imagen 2



Fuente: Revista *LUCHAR*. Órgano de difusión de la Juventud Intransigente, Año 1, Nro. 6, 1983. Archivo documental del GEPOJu (IIGG-UBA)

10 Las posiciones de repudio a la lucha armada son taxativas e indudables, como podemos ver en documentos en los que se sostiene que “la demencia mesiánica de los grupos guerrilleros, sus bárbaros atentados y su catastrófico concepto de la lucha por el poder, sólo contribuyeron a agravar el panorama profundizando la desorientación” (“Manifiesto de una Generación Radical”, 24 de mayo de 1981, JCN). No obstante, cabe mencionar que, a fines de los años sesenta, una fracción de las juventudes radicales atraviesa un proceso de radicalización e invita a tomar la lucha revolucionaria; nos referimos a la Juventud Radical Revolucionaria y a la Vanguardia Revolucionaria Radical. Para profundizar sobre esta experiencia, véase Benítez (2009).

11 Fundador del Partido Intransigente en 1972 y candidato a presidente en las elecciones de 1983, en las que obtiene el tercer puesto con el 2,3% de los votos.

La lectura de este documento despliega un conjunto de interpretaciones posibles. Nos interesa destacar la idea del voto como verbo (antes que como sustantivo) y acción de votar un “programa revolucionario”, que representa una forma de “lucha” e involucra la “participación popular”, a través del plebiscito de los grandes temas de la agenda nacional y el llamado a la revocabilidad de los mandatos populares.

Otro aspecto que se puede señalar son los usos del lenguaje y el repertorio de términos que utilizan los militantes, que recorren diversas organizaciones y a sus posiciones políticas de modo transversal. Nos referimos a la centralidad que adquiere la expresión “liberación”, o también a las posiciones que asumen las juventudes partidarias como “antiimperialistas” y contrarias al Fondo Monetario Internacional (FMI), como se ve en parte en la tapa de la revista *Lucha*, pero también en diferentes discursos y documentos de sectores juveniles afines a la gestión de gobierno de Raúl Alfonsín, como la JCN y, desde ya, los documentos elaborados por el MOJUPO (Larrondo y Cozachcow, 2017). A modo ilustrativo, podemos referir al discurso de Jesús Rodríguez en el acto de creación del Comité Nacional de Juventud, en el que finaliza afirmando: “el destino de esta Juventud también existe y es uno solo: la liberación nacional, la justicia social, la fraternidad y la integración latinoamericana”.<sup>12</sup>

En definitiva, el abandono o la toma de distancia con la vía armada como horizonte del cambio político no necesariamente implica una crítica a los “ideales” revolucionarios o una ruptura radical con algunas de las prácticas características de las décadas anteriores. Algunos militantes de espacios de izquierda relatan tímidamente que, aun durante los inicios de democracia, en ocasiones realizaban prácticas de entrenamiento militar.<sup>13</sup> Por ello, sostenemos que, en los primeros años de la vida democrática, la transformación en los modos de hacer política encuentra importantes puntos de continuidad, mientras que la ruptura con el modelo de militancia total/sacrificial remite a la ponderación de unas prácticas por sobre otras y a la construcción de nuevas ideas en un escenario de profundos cambios institucionales y políticos. Por esta razón, la interpretación puede resultar estilizada si analizamos el pasaje de un modelo pasado a otro de militancia a partir del abandono y la crítica radical de ideas y modos de vida previos. Más bien, la ruptura total representa solo uno de los múltiples modos posibles de tramitar las transiciones en la militancia, pero no el único ni el preponderante. En definitiva, se observan transiciones y tomas de distancia claras, aunque graduales y diversas.

Las ideas presentadas hasta aquí permiten comprender las transformaciones que habitan en la experiencia de aquellas y aquellos militantes que encuentran en la vuelta a la democracia condiciones de transformación de su militancia previa. No obstante, hay otro grupo que es fundamental considerar en este trabajo: nos referimos a aquellos que también se autoperceben como jóvenes y que comienzan a militar durante la democracia. Para estos, no habrá una transformación en sí, sino más bien un inicio en

12 Cambiar la vida día a día (enero de 1985). Revista *Propuesta Radical para la Liberación*, 1(6).

13 Podemos señalar que el entrenamiento militar era habitual incluso entre militantes de organizaciones que no habían tomado la vía armada, como se desprende del testimonio de Changui Cáceres, dirigente de la JCN, publicado en Muiño (2011).

la vida política que se da en diálogo, y por momentos en tensión, con estos referentes. La diferencia entre una y otra generación es notoria aun cuando la distancia etaria con los “más grandes” no necesariamente lo es. Entre quienes comenzaron luego del restablecimiento de la democracia, la frontera con el modelo de militante total es mucho más tajante en la práctica, más allá de las visiones críticas que puedan sostener con la generación anterior. Este aspecto, además, se observa en un modo de concebir el lugar de la política en el sistema político y en la propia vida cotidiana, que aparece en casi todas las fuerzas, incluso en aquellas vinculadas con la política revolucionaria, como es el caso del Partido Comunista.

¿Qué singularidades adquiere esta nueva militancia juvenil? En primer lugar, la dinámica de la política institucionalizada y la vida electoral transforma y marca el ritmo del quehacer militante en los espacios políticos. La participación en discusiones, la planificación de estrategias electorales y de propaganda, los acuerdos con otras fuerzas, la construcción de alianzas, el impulso de afiliaciones y el desarrollo de tareas sociales, marcan el ritmo de la participación en cada uno de los partidos y organizaciones. Así, lejos de la entrega de la vida por una causa de un compromiso radical, la vida democrática impone nuevas tareas. Estas, además, deben ser reaprendidas por los mayores y por los recién llegados, puesto que las acciones vinculadas con el funcionamiento de los partidos y de las instituciones liberales de la política (como la afiliación, los actos de propaganda y campaña y las elecciones) no son parte del repertorio de acciones militantes durante la dictadura.

El testimonio de Silvia López Herrera, militante de la Juventud Peronista vinculada a la organización Montoneros, permite ilustrar algunas de estas inflexiones. Silvia es exiliada, detenida legalmente en el país, exiliada nuevamente y, durante su regreso en el marco del Primer Operativo Retorno, vive un tiempo en la clandestinidad. Durante este tiempo que pasa clandestina en Argentina nace su primer hijo, a quien inscribe con una identidad falsa. Tras la vuelta a la vida democrática, se produce el inicio de una nueva etapa en su vida política en la que debe volver a aprender y socializarse en el juego de la política institucional y partidaria. Silvia afirma que se veía a sí misma como “militante” y que, por ello, repensar su compromiso en un ámbito político partidario la hacía sentir “sapo de otro pozo”. La épica con la que narra los períodos anteriores –elaborada a partir de un ideal altruista y sacrificado por la entrega a una causa– cede lugar al ejercicio profesionalizado de la política, en el cual se produce una rutinización y profesionalización de la actividad. López Herrera sostiene así:

[en los setenta] teníamos una concepción fundada en la pura militancia, en nuestra entrega. Se discutía si tenías que dedicar toda tu vida a eso, si podías hacer otras cosas, si tenía sentido estudiar (...). Pero no era una concepción tradicional de la actividad política. No me acuerdo de ningún compañero de mi unidad básica o de todo el núcleo donde yo trabajaba que alguna vez discutiera sobre si había que ser concejal o diputado o algo así. Nuestro trabajo era de base (...). No teníamos nada que ver con el partido. No aspirábamos a esa clase de política que llevaba a ser diputado. Ese tipo de aspiración se desarrolló y creció en la década del 80, con la idea de una carrera política. (Silvia López Herrera, comunicación personal, octubre de 2015.)

No obstante, Silvia participa activamente de la reorganización partidaria del peronismo y forma parte de la llamada renovación peronista.<sup>14</sup> Es precisamente su nuevo rol en el partido lo que la lleva a desarrollar una progresiva profesionalización de la militancia, que encuentra un punto de inflexión con su ingreso a la cámara de Diputados entre 1993 y 1997 y con el desarrollo de un recorrido político con creciente protagonismo, dentro y fuera del peronismo, por el que ha ejercido cargos legislativos y ejecutivos hasta la actualidad.

Los testimonios de quienes ingresan a la vida política en democracia reconocen importantes contrapuntos en este sentido. La condición de “militantes” se articula con el desarrollo de prácticas en las cuales el compromiso no está disociado de la reflexión sobre los modos de organizarse. A modo de ejemplo, podemos mencionar los casos de Gabriel Puricelli y Ernesto Lamas. Gabriel es un joven de clase media, hijo de padres simpatizantes con la socialdemocracia, estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires y militante de la Juventud Intransigente y su Frente de Secundarios, desde donde participa en el centro de estudiantes de su colegio. Ernesto, quien participa en el centro de estudiantes de su colegio en Villa Urquiza, pertenece al frente de masas de la Federación Juvenil Comunista y llega a presidir la Federación de Estudiantes Secundarios de la Capital en el año 1984. Ambos mencionan la centralidad que tienen en sus discusiones los sistemas de votación de los centros de estudiantes y el reconocimiento del derecho de participar en política por parte de los jóvenes y la participación –y las demandas– de las marchas del MOJUPO, entre otras cuestiones. Estas demandas y preocupaciones se encuadran en debates políticos e ideológicos más amplios, como la perspectiva antiimperialista y democrática, pero son objeto de una preocupación específica. De este modo, Ernesto afirma:

(...) nos reuníamos bastante (...), lo íbamos haciendo itinerante. Bueno, también nos reuníamos en bares o en el local de algún partido. Era común, porque había mucha comunión de las fuerzas políticas. Vos pensá que *realmente sentíamos* –y pasaba– *que estábamos fundando la democracia*. Entonces, toda la cosa de intolerancia o de no poder hablar y demás, que hay ahora, en aquellos años no era tan así. Teníamos unas broncas tremendas y disputas, *pero nos sentíamos parte de que estábamos fundando algo que estaba pasando y que era nuevo*. Teníamos esa responsabilidad. Sentíamos en nuestra espalda que somos la primera federación que se armó, seamos responsables. Insisto: nos matábamos en algunas discusiones que eran interminables (...). Con el tema del boleto estudiantil, a mí me suena que fue un tema de debate fuerte, porque el radicalismo no quería. (Ernesto Lamas, comunicación personal, septiembre 2013. Énfasis agregado.)

Marcela Martins, quien a los 22 años comienza a militar en un comité de la UCR en el barrio porteño de Monserrat, y Lucía Sánchez, quien inicia su militancia en una unidad básica de Isidro Casanova, La Matanza, a los 20 años, también mencionan la centralidad que tiene en sus actividades militantes

14 La renovación peronista se funda en diciembre de 1985, tras la elección legislativa en la que se consolida internamente el liderazgo de los dirigentes renovadores, frente a los dirigentes más ortodoxos. La conformación de la renovación se da a conocer por medio de un escrito denominado “Documento Fundacional de la Renovación Peronista”.

la instalación de mesas de afiliación partidarias y la asistencia a los futuros votantes –mediante la consulta de padrones– durante el período electoral.

La velocidad y las modalidades concretas en que cada espacio político procesa y adapta estos cambios es variable, pero se advierten rasgos comunes. Para algunos militantes esto produce cambios en los modos de pensar qué es y qué hace un militante, mientras que para los recién llegados estas pasan a ser las tareas “naturales” de la vida militante. Otro punto que se puede considerar es que las reglas del juego no se transforman solo en un código, sino también en una bandera, independientemente del espacio de proveniencia. Por ejemplo, ser “democrático” –esto es, el respeto al diálogo, a las reglas de juego y al adversario, y también la denominada “rosca”– comienza a ser una categoría de evaluación moral de los compromisos y se usa como principio de distinción, de valoración positiva o de acusación.

Además de un sistema político, la democracia es interpretada como una conquista entre quienes ya son militantes y quienes son recién llegados. Esto se visualiza claramente en el testimonio de Fernando Melillo, quien comienza a militar en 1973 en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), así como también en actividades barriales impulsadas por la Juventud Peronista (JP), aunque nunca forma parte de la lucha armada. En 1976, con 20 años, se recibe de maestro. Tras el golpe de Estado, se exilia en México, de donde regresa en 1983. La vuelta al país, en el contexto de la recuperación democrática, es vista como una oportunidad para continuar y repensar los compromisos militantes democráticos:

(...) la dictadura arrasó con las unidades básicas y con todo eso; nada volvió a estar exactamente en el mismo lugar. Pero yo me reencontré con gente [con la] que habíamos sido compañeros en la JP Lealtad o de la UES. Además, no era el único que había vuelto: éramos varios. Entonces, a la par que empecé a buscar trabajo de maestro, nos pusimos en contacto con compañeros (...) Me resultaba fascinante volver a la militancia, la perspectiva de la recuperación democrática. Además, yo sentía que lo que habíamos imaginado ahora seguía su curso, o sea, había habido una derrota terrible, pero estaba todo por hacer. O sea, no tenía una mentalidad de “quiero juicio y castigo para todos los culpables” y listo. *Para mí era la continuidad de la lucha*, lo tenía muy claro (...). Lo que nosotros no habíamos tenido era una visión de la importancia de la democracia. Nosotros teníamos una visión de la importancia de la participación en la organización del pueblo, de los estudiantes, en los barrios. Ya en el 73 había surgido el Frente Villero, estaba también el frente de la Juventud Trabajadora Peronista. Lo que no habíamos tenido era una experiencia en democracia, *había un cierto desprecio de la democracia en aquella época*. (Fernando Melillo, comunicación personal, mayo de 20016. Énfasis agregado.)

La “vuelta” al sistema democrático en el país –la vuelta a Argentina como experiencia personal luego del exilio– es vivida como una oportunidad para *seguir* esa lucha. En efecto, Fernando posee un lugar destacado en la reconstrucción de la Juventud Peronista y en el armado del MOJUPO. Adicionalmente, en otros de los testimonios, la democracia es interpretada como un contexto de oportunidad (para seguir militando), a la vez que es elaborada en tanto que causa militante (Vázquez *et al.*, 2017), es decir, como un *significante vacío* (Laclau, 1996) en relación con el cual se establecen diferentes definiciones que habilitan a la construcción de posiciones comunes, incluso entre quienes sostienen miradas político-ideológicas diferentes,

como se observa en la creación y en las dinámicas de funcionamiento de la Multipartidaria<sup>15</sup> y del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO). Sin embargo, con el correr del tiempo, la amplitud del término “democracia” y su alcance desigual en diferentes aspectos de la vida social, institucional y política hace que se convierta en objeto de nuevas disputas, dentro y entre espacios políticos y militantes del período<sup>16</sup>.

Por otra parte, el testimonio anterior muestra la revisión de la visión dicotómica sobre democracia formal y real, que habitó fuertemente los debates político-ideológicos de los años setenta. Básicamente, como muestra Fernando, se produce una reconsideración de la democracia como marco institucional formal que facilita y garantiza el desarrollo de experiencias de organización y participación. Varios de los testimonios coinciden en este punto y realizan una revisión crítica sobre la desvalorización de la que había sido objeto la democracia formal. Es interesante advertir que estos argumentos se construyen más allá de la impugnación política e ideológica del gobierno de facto, de la represión sistemática y la violación de los derechos humanos, y se articulan directamente con las experiencias vividas por las y los entrevistados. Experiencias personales, familiares y de amigos vinculadas con el paso por la prisión, las desapariciones forzadas, los exilios, la clandestinidad, entre otras, llevan a rescatar subjetiva y personalmente el valor de la democracia entendida incluso como marco institucional.

De acuerdo con lo dicho, encontramos dos procesos complementarios entre quienes ya son militantes al momento del restablecimiento de la democracia y quienes comienzan a serlo con posterioridad. Entre los primeros, observamos una puesta en crisis de los modelos de militancia caracterizados, de modo retrospectivo, como “totalizantes”. Un testimonio en el que esto se refleja particularmente es el de Luciano Perel, quien comienza a militar en la Juventud Universitaria Intransigente luego del restablecimiento de la democracia. Luciano proviene de una familia militante. Dado que su padre es un militante muy activo de la izquierda revolucionaria, experimenta un modo de vida en la clandestinidad –junto a toda la familia– desde muy corta edad. En su entrevista, aparecen dos hechos destacados que muestran esta puesta en crisis del modelo de militancia total del que provenía. Por un lado, un viaje a Moscú en 1985 (a sus 21 años) y, por el otro, su propia vinculación, ya cerca de finalizar la universidad, con una nueva red de académicos e investigadores de la Universidad de Buenos Aires. Con respecto a lo primero, Perel asiste al Congreso Internacional de la Juventud y los Estudiantes, evento organizado por la Federación Internacional de Estudiantes, impulsada por las juventudes comunistas de todo el mundo. El viaje representa lo que él llama “un punto de no retorno” con respecto a la evaluación crítica de la militancia política. Viajan junto con él militantes juveniles de partidos

15 Espacio de articulación partidario entre el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, la Federación Demócrata Cristiana, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Intransigente en un contexto relativamente aperturista del gobierno del General Viola y en el marco de una dictadura que ya mostraba importantes signos de fragilidad.

16 Según Ollier (2009), el binomio autoritarismo/democracia persiste en el imaginario militante y funciona como término de descalificación entre grupos. Así, habrá quienes pondrán en duda el potencial político del gobierno de Alfonsín, al formar parte de la Unión Cívica Radical (UCR), mientras que hay quienes sostienen lecturas acusatorias hacia el peronismo, al estar asociado al desarrollo de una cultura política con rasgos autoritarios. En todo caso, lo interesante es tomar nota de la persistencia de estos principios para comprender los alineamientos políticos y las disputas.

políticos de un amplio espectro de izquierdas, provenientes de diferentes países. Es precisamente esta diversidad de países la que le hace tomar nota de la artificialidad que reviste, a su modo de ver, la homogeneidad de las consignas e interpretaciones propias del eje comunista y, junto con esto, la falta de individuación y libertad en la posición de esos jóvenes en los que se ve reflejado. En relación con lo segundo, Perel comienza a estudiar Psicología en la UBA y luego se inscribe en la carrera de Sociología de esta misma universidad. Sus estudios se vuelven fundamentales, porque le dan acceso a una perspectiva de análisis e interpretación del mundo por medio de la cual elabora una lectura propia y crítica de la militancia revolucionaria, interpretada como una “experiencia totalizante” y “homogeneizante”, en la que combina lecturas teórico-conceptuales con aspectos vividos en su historia familiar. Perel participa de un espacio de diálogo e intercambio del que forman parte militantes del PI provenientes de la carrera de Sociología. Allí, desarrolla un vínculo incipiente con algunos intelectuales y revistas académicas con fuerte circulación en la época. En efecto, la sociología se le presenta como una perspectiva de análisis cada vez más productiva, en comparación con aquella que tenía disponible a través de los principios partidarios, incluso en un espacio como el PI.<sup>17</sup>

Los relatos de quienes se socializan con visiones político-militantes asociadas con la militancia previa al retorno democrático –sea por experiencias personales o familiares–, muestran la importancia que adquiere la puesta en cuestión de los modelos férreos del compromiso y la valoración de una socialización en nuevas narrativas (como las académicas y profesionales). Por medio de estas nuevas narrativas, se encuentran nuevos modos de pensar el pasado y favorece el desarrollo de prácticas de militancia compatibles con un modelo de individualización de los compromisos, esto es, que no son incompatibles con el redescubrimiento de la vida privada. Las transformaciones que se ponen en juego se visualizan en el paso del fin de la represión estatal ilegal y de la persecución sistemática contra las juventudes hacia la aceptación y construcción de nuevas reglas de juego (dadas por la institucionalidad democrática y el diálogo necesario con pares). Además, se pueden observar en la apertura de ciertos debates internos en las organizaciones y cambios en el plano más subjetivo y personal de vivir y experimentar la militancia. Perel también relata el placer que le causa poder escuchar bandas de música y cantantes que no necesariamente integran el universo cultural militante, como Charly García y otras bandas de rock nacional, así como también poder tomar Coca-Cola, otro consumo que era objeto de valoraciones negativas en el universo militante del que proviene. Así, la transición aparece como un contexto de oportunidad para reinventar y construir, si se parafrasea el título del trabajo de Blanco y Vommaro (2017): “Otros caminos, otros destinos”.

En sentido con lo anteriormente expuesto, entre quienes ingresan a militar tempranamente en la restaurada democracia, se reconocen valoraciones ambivalentes sobre los modos de compromiso asociados con el modelo sacrificial: por un lado, existe el reconocimiento hacia quienes militaron en

17 La socialización con esta nueva perspectiva de análisis no solo le permite revisar la experiencia de militancia (social y familiar) de los años setenta, sino que además lo lleva a tomar distancia del PI entre 1987 y 1988.

los setenta y, por el otro, hay una construcción de lenguajes y prácticas que se distancian con aquellos modos de tramitar compromisos. Gabriel, militante de la Juventud Intransigente, realiza una evaluación del modo en que las agrupaciones estudiantiles universitarias elaboran el período de retorno democrático en función de las agendas militantes. Afirma, en este sentido:

(...) una cosa que, a nivel universitario nos organizó mucho, fue que las agrupaciones se tomaron con mucha seriedad las plataformas electorales de las elecciones 83, 84, 85 (...). Pero entonces, también empezó a haber esa cosa como que cuando te faltaban palabras decías “sí, la oligarquía y el imperialismo”, cuando tenías algo concreto para hablar (...). [No obstante,] vos ves cómo empieza a tomar cuerpo un lenguaje propio y claramente la [generación] del 83 tiene un lenguaje de los 70, pero parado en una coyuntura de algo más que de los 70: un lenguaje bien de izquierda, pero sin el matiz de la lucha armada, de la violencia. (...) Yo, en ese punto, les estoy muy agradecido a los militantes de los 70 que nos formaron o que interactuaron con nosotros, porque fueron muy cuidadosos en cuanto a no embarcarnos a nosotros en nada, ¿entendés? Nosotros también, para los de la generación nuestra, los de La Tablada<sup>18</sup>, por ejemplo fue una cosa tremenda. Fue como decir: “¡pero loco!... A nosotros nos habían protegido de esto, ¿no?”. ¿Cómo puede haber algunos nuestros, de nuestra generación, que van y se meten en un cuartel? No, no entraba en la cabeza. (Gabriel Puricelli, militante de la Juventud Intransigente, comunicación personal, octubre de 2015.)

La relación con los modelos de militancia y con los militantes de los setenta aparece en torno a la figura del respeto por “habérsela bancado”: el sufrimiento y la experiencia acumulada. Este respeto y reconocimiento, y también cierta “obediencia” en términos generacionales, no implican una reivindicación del modo de militancia, aunque sí se valoran y se enmarcan dentro de cierta continuación –como mencionamos varias veces– de las causas. Nuevamente, el testimonio de Gabriel es muy elocuente en este sentido:

Entrevistadora: ¿Aparecía una juventud mítica de los setenta?

Gabriel: Aparecía una juventud que había peleado, que había hecho cosas valiosas, qué sé yo, pero que no era superior, que era una juventud como nosotros, que tenían... Algunos habían sobrevivido y, por lo tanto, tenían diez años más, tenían un poco de experiencia, qué sé yo, en el Partido Intransigente. En particular, nunca hubo una carga, digamos, nunca ninguno se hizo respetar porque “yo estuve en la cárcel”. Nunca, nunca escuché a un tipo tratar de ganar una discusión en esos términos, nunca. Y, de hecho, siempre fueron súper discretos, o sea, te contaban que habían estado en la cárcel si vos les preguntabas. O sea, ninguno venía y te descargaba su drama... Eran conversaciones casuales. (Gabriel Puricelli, militante de la Juventud Intransigente, comunicación personal, octubre de 2015.)

No obstante, también hay quienes ingresan a la vida militante y carecen de contactos directos con militantes de décadas anteriores. La democracia representa la primera experiencia de participación y la primera instancia de aproximación al universo militante, del que no forman parte ni familia-

18 Refiere al asalto armado e intento de ocupación por parte del grupo de izquierda MTP (movimiento Todos por la Patria) de dos regimientos militares ubicados en la localidad de La Tablada, Provincia de Buenos Aires, el 23 de enero de 1989. El grupo aducía tener información sobre un inminente alzamiento militar en contra del gobierno democrático de Raúl Alfonsín y, mediante la ocupación, su intención era evitarlo. No obstante, otras versiones sostienen que el objetivo del grupo era intentar una insurrección popular. La ocupación fue duramente reprimida.

res ni amigos. En definitiva, más allá de las tradiciones identitarias de los respectivos partidos, las jóvenes y los jóvenes que inician su participación en democracia no solo reivindican y defienden la democracia conquistada, sino que su propio quehacer militante se hace en esas reglas del juego. A tal punto sucede, que se refieren a sí mismos, de modo explícito, como una “generación fundadora”. Lucía relata la impresión que le causan los primeros actos de la JP de los que participa y sostiene:

[me sorprendía] la cantidad de gente. Impresionante la cantidad de gente. Los cánticos sí los aprendías ahí. Me acuerdo qué se cantaba. El cántico era para la liberación de Dante Gullo, que en ese momento estaba preso todavía: Dante Gullo/soldado de Perón/la Patria te reclama/para la liberación. Eso lo tengo bien grabado. Y [también tengo grabado] que preguntaba quién era, porque yo no sabía la historia tampoco del peronismo. (Lucía Suárez, Partido Justicialista de La Matanza, comunicación personal.)

En síntesis, de acuerdo con los testimonios, en este escenario en el que vida y democracia van de la mano y parecen explicarse mutuamente, es la propia democracia como forma de vida –y los cambios sociales que trae aparejados– y de hacer política la que permite modificar los regímenes de compromiso, y no a la inversa. Así, es posible entender la salida de Luciano del PI y la convicción acerca del valor de aproximación sociológica y reflexiva para tramitar (otros) compromisos militantes en los que sea compatible con un relajamiento de las regulaciones morales y subjetivas de la militancia. También permite comprender el devenir de Silvia y Fernando, que pasan de militantes a políticos profesionales, incluso proviniendo de espacios políticos revolucionarios con fuertes contactos con la lucha armada. Asimismo, permite comprender el acercamiento de Lucía, una joven sin ningún tipo de contacto familiar con la militancia, a la campaña del Partido Justicialista y de allí a la política y el trabajo social, al mismo tiempo que es posible identificar la concepción dialoguista de la política estudiantil que aparece como natural para Gabriel y Ernesto. En otras palabras, la vuelta a la democracia es una construcción lenta y sostenida por parte de un conjunto de partidos políticos, organizaciones barriales y territoriales, organismos de derechos humanos y de la sociedad civil, que fueron capaces de crear condiciones para terminar de minar el gobierno autoritario y lograr acuerdos para que un gobierno electo democráticamente volviera a ser posible. Una vez que la democracia se instala, las nuevas reglas de juego institucionales propician la creación de nuevas reglas y aprendizajes que funcionan rápidamente y permiten orientar la acción política. Así, la reconstrucción de carreras políticas y la producción de elaboraciones subjetivas novedosas surgen como efectos de este contexto democratizador. Desde una mirada sociológica, podemos sostener que las nuevas condiciones, reglas y valores permitieron construir a estas militancias a partir de una multiplicidad de recorridos y de destinos.

Por lo dicho, consideramos que el proceso de deconstrucción y reconstrucción de los repertorios y la moral militante tiene lugar –y con efectos diferentes– tanto entre quienes llegan a la restauración democrática con experiencias previas de militancia, como entre quienes ingresan a la vida política luego de 1983, en la denominada “primavera” democrática.

Por ello, lejos de poder afirmar la idea de que se produce una crisis o la desaparición de los compromisos políticos (totales), observamos la proliferación y la reinención de compromisos políticos que, en democracia, se pluralizan. Además del cambio en los modos de tramitar los compromisos, se producen nuevas interpretaciones sociales, a la vez que personales e íntimas, respecto de qué significa un compromiso militante (en general y en el período en particular), al introducir nuevos elementos, sentidos y repertorios de acción que son heterogéneos y a la vez centrales para entender la militancia juvenil en los tempranos ochenta.

### **Fronteras. Transformaciones culturales de la política y producciones políticas de la cultura**

Siguiendo a Aboy Carles (2001), el alfonsinismo logra establecer y construir una frontera discursiva y simbólica con el pasado de muerte, que abarcaba, principal pero no únicamente, los crímenes de la última dictadura militar. De acuerdo con esta visión, la democracia no solo puede ser interpretada como un significante político, sino como un sustrato de toda la vida social que permea las formas de construir las militancias juveniles en el período. Esto se ve plasmado en dos cambios centrales: en la vida cotidiana y el universo cultural y social y en las nuevas reglas de juego para hacer política. La vida de los militantes ya no estaba en peligro; la libertad de expresión y de reunión era un hecho que se comenzó a valorar y disfrutar junto con el “destape” de expresiones artísticas y el fin de la censura.

Por este motivo, además de las transformaciones señaladas dentro de los ámbitos político-partidarios, se pueden mencionar la producción de nuevos sentidos y repertorios de acción en relación con las prácticas y los consumos culturales. Este hecho impacta no solo en la vida cotidiana y en la producción de subjetividades juveniles, sino en las características propias de la militancia. Este impacto se puede observar en la centralidad que adquieren recitales, conciertos, festivales y ferias (como la tradicional “ferifiesta” de la FJC) entre las actividades militantes de las juventudes partidarias. Podemos referir a la realización de estas acciones, la participación en recitales masivos, por ejemplo, como nuevos modos de habitar el espacio público. En este mismo sentido, se difunde la expresión “ganar la calle” para referir a la apropiación juvenil de los espacios y los recitales y eventos culturales con gran convocatoria, como por ejemplo la Bienal de Arte Joven. Como se observa en los afiches a continuación, la UES o la Juventud Radical convocan a participar en recitales gratuitos y abiertos. En el primero de los afiches puede notarse que la Juventud de la Franja Morada Secundarios organiza el recital en una fecha emblemática del pasado reciente, el 16 de septiembre, en conmemoración de la Noche de los Lápices y del reclamo por el boleto estudiantil.

## Imágenes 3 y 4



Fuente: archivo documental de la UCR.

Otro hecho que abona la idea de la centralidad de la cultura en las militancias refiere a la incorporación de secciones específicas sobre arte, cine y música en las revistas juveniles partidarias.<sup>19</sup> En estas revistas, cuya lectura forma parte del repertorio de acciones militantes del período, se socializan agendas, se entrevistan artistas o se reseñan productos culturales del momento. A título ilustrativo, se puede mencionar la entrevista realizada en la revista *Contraprensa* (Nro. 1, 1986) a Marcelo Mouras y Daniel Sbarra, del grupo Virus, titulada "la revolución es una bola que va rodando". Allí, se les realizan preguntas relativas a su visión sobre la juventud, sobre el significado de tocar música (qué, para quiénes y por qué), acerca de otros artistas juveniles contemporáneos, así como también se les pregunta cuál es su posición en relación con la participación política de las juventudes, la figura del Che Guevara, el pago de la deuda externa y su valoración de las huelgas y ollas populares en comisiones de fábrica, en las cuales el MAS tenía un gran protagonismo en el período. Entrevistas de este tipo pueden

19 Este proceso es confluyente con la proliferación de revistas musicales destinadas específicamente a las juventudes entre fines de los años setenta y los inicios de los años ochenta, aspecto central en la construcción de la cultura del rock (Vila, 1989).

encontrarse en las diversas publicaciones de las juventudes partidarias durante la transición y los primeros años de la democracia y en ellas se muestran personas jóvenes con las que se identifican posibles lectores de las revistas y que, aunque no son militantes, sientan posiciones y lecturas sobre el contexto político. Siguiendo a Vila (1989), esto da cuenta de la producción de una identificación juvenil común que, como sostenemos aquí, interpela la construcción de las culturas militantes juveniles en los espacios partidarios.

Ahora bien, la incorporación de prácticas culturales y comunicacionales al repertorio de acciones militantes no puede ser pensada como un rasgo específico del período analizado. En efecto, pueden identificarse aspectos comunes con lo acontecido en los años sesenta y setenta. Creemos, sin embargo, que hay elementos que permiten pensar la especificidad que adquiere la relación entre política y cultura en la construcción de compromisos militantes en la transición democrática. No obstante, vale señalar que el proceso democratizador no supone una apertura total a cualquier tipo de consumo cultural. Concretamente, se puede reconocer entre las militantes y los militantes la recreación de regulaciones morales acerca de los usos y consumos legítimos e ilegítimos de acuerdo con la cultura militante y partidaria, como mostramos a partir del testimonio de Luciano Perel (analizado anteriormente).

En otro plano, se observa una ampliación de la militancia en el impulso de prácticas culturales propiamente dichas, como puede verse en los siluetazos, acción performativa llevada adelante por artistas visuales que pintaron siluetas simbolizando a las desaparecidas y desaparecidos y las colocaron en diferentes ámbitos del espacio público. Esta intervención artística, que tiene lugar en diciembre de 1983 y marzo de 1984, articula y potencia una demanda política sostenida por diferentes actores vinculados con los organismos de derechos humanos, partidos y colectivos del período: “aparición con vida”. Retomando las ideas ya referidas acerca del mandato sacrificial, nos invita a pensar una intervención artística y política que propone una manera (alternativa) de “poner el cuerpo” (Bruzzone y Longoni, 2008), en este caso para dar visibilidad a la presencia de la ausencia de esos otros cuerpos (desaparecidos), a la vez que denuncia el plan criminal implementado por la última dictadura militar.

Otra cuestión para mencionar es la creación de nuevos espacios e instituciones que construyen ámbitos de innovación política y cultural, como la creación del Centro Cultural Ricardo Rojas en 1984. Este es uno de los espacios en los que se ponen de manifiesto las transformaciones del campo cultural argentino desde la vuelta a la democracia. Allí encontramos al menos tres elementos relevantes para el argumento que intentamos delinear: 1) la proyección de la militancia juvenil radical dentro de este espacio universitario estatal, 2) la producción de un centro de experimentación político y cultural que propicia una renovación de las artes escénicas y suma nuevos actores identificados con los valores democráticos y 3) la constitución del Rojas como espacio articulador, junto con otros más tradicionales, de redes de relaciones entre militantes y artistas con diferentes filiaciones ideológicas (Cerviño, 2010).

La dimensión cultural y comunicacional en la producción de prácticas políticas no puede ser pensada como un elemento específico del período,

sino más bien como una perspectiva de análisis transversal a las diferentes militancias en general, y a las juveniles en particular. Aquello que nos interesa destacar son los rasgos particulares que observamos en la construcción de los compromisos militantes en la transición y consolidación democrática.

### **Somos la vida, somos la paz. Resemantizar la militancia**

Durante las movilizaciones que impulsan dirigentes partidarios en 1980, con el propósito de negociar la salida del gobierno de facto, nace una consigna que marca la historia política de la transición y buena parte de la movilización política desde entonces: el reclamo de “aparición con vida” (Jelin, 2015). Así es como se comienza a traducir, en términos políticos, la cuestión de las desapariciones forzadas. En octubre de 1982, tiene lugar la Marcha por la vida, la cual tematiza públicamente la cuestión de las desapariciones durante la dictadura y que, como muestra Jelin (2015), permite combinar consignas más clásicas, como “con vida los llevaron, con vida los queremos”, con otras relativas al hartazgo con el gobierno de facto, del estilo “se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”. En otras palabras, los reclamos por los desaparecidos se combinan con un reclamo por la democratización.

La palabra “vida”, presente en estas consignas y en torno a estos reclamos, representa –sin dudas– un rasgo específico del ciclo de la recuperación democrática. Ahora bien, más allá del sentido que adquiere en el seno de los organismos de derechos humanos, también permite abrir la reflexión sobre algunos de los rasgos de las militancias juveniles en el período.

Imagen 5



Fuente: Revista LUCHA, Juventud Intransigente, Año 1, Nro. 5, 1983.  
Archivo documental del GEPOJu.

Jesús Rodríguez, exsecretario general de la JR, diputado y ministro de Economía del gobierno de Alfonsín, en otra de las entrevistas realizadas, se refiere a una de las consignas más conocidas entre la militancia juvenil del período: “somos la vida, somos la paz”. Según el entrevistado, surge en respuesta a una pintada de la JP que indicaba “somos la rabia”. Afirma Rodríguez:

(...) todas las semanas hacíamos una reunión —los sábados— con un tipo en cada uno de los locales. Nos rotábamos en toda la capital; esto [era] antes de las elecciones partidarias. Entonces, estábamos en una reunión de esas y la JP pinta “somos la rabia”, esa era la consigna (...). Y entonces un pibe de Matareros, con estudios secundarios completos y nada más, propone que, si ellos son la rabia, nosotros somos la vida: así nació esta consigna. Es la síntesis perfecta, tenía que ver con todo, tenía que ver con la campaña, con el mensaje de Alfonsín, tenía que ver con el momento, tenía que ver con la respuesta al otro. No había nada que explicar. (Jesús Rodríguez, comunicación personal, abril de 2016).

Esta descripción acerca del origen de una de las principales consignas de la JCN permite reconocer cómo se construye una distancia con la Juventud Peronista, a la que se equipara con toda la militancia revolucionaria de los setenta, así como también con un pasado violento y la rabia en general. Esto se condice, además, con otros discursos sostenidos por otros militantes y documentos de la época. A modo de ejemplo, en el editorial publicado en la revista *Respuesta Radical para la democracia*, se menciona la movilización del 2 de junio de 1983, en la cual “luego de muchos años de ausencia, la juventud argentina volvió a la calle”. Dicha marcha es convocada con el objetivo de apoyar el llamado a elecciones y propugnar por una solución pacífica con el conflicto limítrofe con Chile. En la manifestación participan más de 50 000 jóvenes con la consigna “por la paz y la democracia”<sup>20</sup>. Se destaca la trascendencia del evento, en tanto reúne espacios juveniles de diferentes organizaciones políticas populares. La JCN sostiene así:

Durante muchos años los jóvenes —en particular— fuimos objeto, por un lado, de la mayor campaña represiva liderada contra nuestra sociedad y, por otro, de proyectos elitistas que nos quisieron llevar a callejones sin salida. (...) La juventud no puede volver a ser el “laboratorio” donde se traten de elaborar alquimias políticas que desconocen la voluntad e idiosincrasia de nuestro pueblo. La paz y la democracia son dos objetivos irrenunciables. Por ellos, los militantes de la Juventud Radical debemos bregar constantemente. (“Por la paz y la democracia”, *Respuesta radical para la democracia*, Año 1, Nro. 3, julio de 1983)

Una masiva convocatoria en defensa de la vida y la paz vuelve a aparecer en un momento de amenaza a la democracia. En 1985, en el contexto del inminente Juicio a las Juntas, se corren rumores acerca de la posibilidad de un nuevo golpe de Estado y se inicia una ola de amenazas que afecta a

20 Son varias las manifestaciones que llevan consignas similares. Es ilustración de ello la última marcha realizada antes de la finalización de la dictadura militar, denominada “Marcha del Pueblo por la Democracia y la Reconstrucción Nacional”, convocada para el 16 de diciembre de 1982 por la Multipartidaria. Allí, se desata una feroz represión en la que es asesinado Dalmiro Flores.

las escuelas. El presidente Alfonsín convoca a una marcha en defensa de la democracia y la paz que resulta multitudinaria,<sup>21</sup> con una gran participación de jóvenes encolumnados desde el MOJUPO. Estas distintas interpelaciones a las juventudes permiten entender que los significantes “vida” y “paz” refieren a una condición que es necesario defender permanentemente. La paz no refiere no solo a la paz interna, sino a una posición externa, en relación con el mencionado conflicto limítrofe con Chile que recorrió estos años, y es también una toma de posición frente a la reciente guerra de Malvinas.

Por los motivos antes mencionados, la apelación a la “democracia” (social y política), a la “vida” y a la “paz” se vuelve recurrente en el vocabulario político de todas las juventudes militantes en el período. Aunque es bandera y eslogan para el radicalismo, para el resto de las juventudes políticas también es central, en parte porque tanto la “vida” como la “paz” constituyen las condiciones de posibilidad de la democracia como régimen y modo de vida.

En definitiva, al retomar los distintos hallazgos mostrados hasta aquí, se observa que las implicancias de la democracia tienen que ver con formas de militar y de construir modos de compromiso, pero también con un cambio en los modos de vida, en las condiciones de vida cotidiana y en una reivindicación unánime de la vida en sí como valor, cuestión que se reconoce tiempo antes de la asunción de Alfonsín.

## Palabras finales

En este artículo, procuramos analizar algunas de las transformaciones que se producen en el contexto de retorno a la democracia, visto desde las experiencias militantes de jóvenes en espacios político-partidarios. Lejos de interesarnos por el análisis de las transformaciones partidarias u organizativas dentro de cada partido, o en sus espacios de juventud, intentamos explorar cómo el proceso de recuperación democrática se manifiesta en múltiples transiciones hacia nuevos regímenes de compromiso.

Esto nos lleva a considerar diversas dimensiones en las que estas mutaciones se ponen en juego, como la producción de nuevos modos de participación y filiación juvenil en la militancia política, la tematización de las estructuras y modos de funcionamiento interno en los partidos de los que forman parte, la creación de un nuevo repertorio de acciones vinculadas con diferentes maneras de ser y hacer entre jóvenes militantes, que involucran ganar la calle por medio de la participación tanto en masivas manifestaciones como por medio de la organización de recitales, fiestas, campañas y acciones solidarias. Así, se producen modos de ser jóvenes en los partidos y en la vida democrática en los que se reconfiguran algunos los ideales regulatorios de la militancia y se instalan nuevas fronteras.

El nuevo escenario en el que los jóvenes construyen sus compromisos –o los reconstruyen– se define no solo por una novedosa “libertad” y reglas de juego institucionalizadas para hacer política (como las afiliaciones a los partidos y la valoración del voto como práctica militante), sino además por la valoración y la construcción en clave militante de las palabras “vida” y “paz”. Esta valoración se define, sobre todo, en contraposición con la violen-

21 *Tiempo Argentino*, 27 de abril de 1985.

cia política como modo de legítimo de construcción política, y en particular por el rechazo a la violencia dictatorial y el consecuente antimilitarismo. La paz también se vincula con la oposición a la guerra. Los jóvenes de la transición no están marcados solo por la guerra de Malvinas, sino por la conflictividad con Chile, que lleva a la mediación papal y posteriormente a la consulta popular llevada a cabo por el presidente Alfonsín que culmina en el rotundo triunfo del “no”.

Las formas de militancia también están atravesadas por el llamado al reconocimiento, al trabajo compartido y al respeto hacia otros militantes: ser democrático y hacer política aparecen como cualidades que se destacan por su presencia o bien –como acusación negativa– por su ausencia. Una de las “chicanas” de la transición es acusar a los adversarios de no ser, justamente, “democráticos”.

El análisis de las generaciones que entran a la política en la transición democrática nos permite abordar la construcción de compromisos en los nacientes años de la democracia, en los cuales no solamente encontramos un contexto político institucional de transición, sino transiciones entre modelos militantes. La democracia implicó nuevas condiciones de vida, marcos de sentido, condiciones para la creación militante de acciones culturales y nuevas reglas de juego para hacer política. Todas estas transformaciones se articulan y generan nuevas condiciones de posibilidad para la construcción de una figura del militante democrático, que se diferencia de la militancia total y del mandato sacrificial que le es consustancial en contenido, pero también en la propia condición plural y diversa de esos compromisos. Esto se observa tanto en los cambios, como en la construcción del propio compromiso en las y los jóvenes que por primera vez hicieron política. Por todo ello, las figuras militantes en democracia no pueden ser pensadas sino en su condición plural.

A nuestro modo de ver, el estudio de las militancias a la luz de una generación de militantes que ingresa a la vida política en plena transición a la democracia (que participa, a su vez, de las transiciones hacia nuevos regímenes de compromiso) representa un aporte central e ineludible para el análisis en profundidad de las transformaciones que dicho ciclo propone y un punto de referencia para el estudio de las militancias juveniles posteriores en Argentina.

## Bibliografía

- Aboy Carles, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aboy Carles, G. (2010). Raúl Alfonsín y la fundación de la *segunda república*. En R. Gargarella, M. V. Murillo y M. Pecheny, M. (Comps.) *Discutir Alfonsín* (pp. 67-84). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Agrikoliansky, E. (2001). Carrières militantes et vocation a la morale: les militants de La Ligue Des Droits de l'homme dans les années 1980. *Revue Française de Science Politique*, 51(1), 27-46.
- Beltrán, M. (2013). La Franja. De la experiencia universitaria al desafío del poder. Buenos Aires: Aguilar.
- Benítez, D. H. (2010). Política, radicalización y juventud (1966-1976). *Ánfora*, 17(29) 123-129.
- Berguier, R., Hecker, E., y Schiffrin, A. (1986). *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Blanco, R. y Vommaro, P. (2017). Otros caminos, otros destinos. Transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochentas. En M. Vázquez, P. Vommaro, P. Núñez y R. Blanco (comps.) *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo* (pp. 1-26). Buenos Aires: Imago Mundi..
- Bruzzone, G. y Longoni, A. (2008). *El siluetazo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Casola, N. (2015). La militancia del PCA durante la última dictadura en Argentina. Un análisis sobre la producción, circulación y recepción de la línea partidaria. *Aletheia*, 5(10), 1-16.
- Cerviño, M. (2010). "Indicios del cambio de régimen en el campo artístico de Buenos Aires: los pintores de los ochenta frente al Arte Light", ponencia presentada en las jornadas *Producción cultural, nuevos saberes e imaginarios en la sociedad argentina contemporánea, a la luz de la Globalización*, IIGG/UBA, Buenos Aires.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (1994). Introduction: entering the field of qualitative research. En *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- Feld, C. y Franco, M. (Dirs.) (2015). *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la postdictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández Hellmund, P. D. (2015). *Nicaragua debe sobrevivir: la solidaridad de la militancia comunista argentina con la Revolución Sandinista (1979-1990)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Ferrari, G. (2013). *1983. El año de la democracia*. Buenos Aires: Planeta.
- Ferrari, M. y Mellado, V. (Comps.) (2016). *La renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Tres de Febrero: UNTREF.
- Filleule, O. (2001). Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel. Post scriptum. *Revue Française de Science Politique*, 51(1-2), 199-215.
- Filleule, O. y Mayer, N. (2001). Devenir militants. *Revue Française de Science Politique*, 51(1-2), 19-25.
- Gilbert, I. (2009). *La FEDE. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista 1921-2005*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González Bombal, I. (1988). *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-83*. Buenos Aires: Ediciones del IDES (14).
- Jelin, E. (2015). Certezas, incertidumbres y búsquedas: el movimiento de derechos humanos en la transición. En C. Feld, C. y M. Franco, (dirs.), *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la postdictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

- Larrondo, M. (2019). Cuando la democracia volvió a la escuela: Participación política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la transición (1982-1990). *Social and Education History*, 8(2), 197-218.
- Larrondo, M. (2014) *Después de la Noche. Participación en la escuela y movimiento estudiantil secundario: Provincia de Buenos Aires, 1983-2013* (tesis inédita de doctorado). Universidad Nacional de General Sarmiento-IDES. Buenos Aires, Argentina.
- Larrondo, M. y Cozachcow, A. (2017). Un llamado a la unidad. La experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia. En M. Vázquez, P. Vommaro, P. Núñez y R. Blanco (comps.). *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Rosario: HomoSapiens.
- Leuco, A. y Díaz, J. A. (1987). *Los herederos de Alfonsín. Protagonistas, historia oculta, poder y mito de la Junta Coordinadora Nacional*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta.
- Longoni, A. (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Muiño, O. (2011). *La otra juventud. De la insignificancia al poder: protagonistas y relato de la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical (1968-83)*. Buenos Aires: Corregidor.
- Mustapic, A.M. (2002) Argentina: la crisis de representación y los partidos políticos. *América Latina Hoy*, 32, 163-183
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Offerlé, M. (2004). *Perímetros de lo político: contribuciones a una socio-historia de la política*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Offerlé, M. (2011). Los oficios, la profesión y la vocación de la política. *PolHis*, 4(4), 84-99.
- Ollier, M. M. (2009). *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Osuna, M. F. (2013). Las transformaciones de la izquierda política en la transición democrática. El caso del Partido Socialista de los Trabajadores-Movimiento al Socialismo (1982-1983). *Papeles de trabajo*, 7(12), 146-164.
- Palermo, V. (1987). Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina. En E. Jelin (ed.), *Movimientos sociales y democracia emergente*. Buenos Aires: CEAL.
- Pereyra, S. (2008). *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.
- Pudal, B. (2011). Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. *Revista de Sociología*, (25), 17-35.
- Toer, M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín/2*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vázquez, M., Vommaro, P., Núñez, P. y Blanco, R. (Comps.) (2017). *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Visacovsky, S. y Guber, R. (2005). ¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales. Del dualismo argentino en la apertura democrática. *Anuario de Estudios Americanos*, 62(1), 55-85.
- Vila, P. (1989). Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil. En E. Jelin (ed.), *Los nuevos movimientos sociales. Mujeres, rock nacional, derechos humanos, obreros, barrios* (pp. 83-156). Buenos Aires: CEAL.

## Fuertes primarias

Aunque una unánime coincidencia en defensa de la democracia hubo algunas críticas al mensaje (27 de abril de 1985). *Tiempo Argentino*, p. 3.

“Militancia juvenil: de la Coordinadora a la Cámpora (13 de octubre de 2013). *Perfil*. Recuperado de <http://www.perfil.com/elobservador/>

Las juventudes políticas convocan a la unidad. (2 al 15 de junio de 1983). Revista *Aquí y ahora la juventud* (segunda época), 17. Archivo documental GEPOJu.

“Por la paz y la democracia” (julio de 1983). *Respuesta Radical para la democracia*, Año 1, Nro. 3. Archivo documental GEPOJu.

Tapa del *Periódico del Comité Nacional de la Juventud Radical* (enero de 1985). Año I, Nro. 1 Archivo documental GEPOJu.

Tapa de la Revista *LUCHAR*. Órgano de difusión de la Juventud Intransigente (1983). Año 1, Nro. 6. Archivo documental GEPOJu.

## Anexo

Tabla de entrevistas<sup>22</sup>

Nombre	Edad al momento de la entrevista	Organización de pertenencia en los años ochenta	Ocupación (al momento de la entrevista)	Fecha de entrevista
Luciano Perel	55	JUI	Profesor universitario	Agosto de 2015, GEPOJu
Marcela Martins	57	JR-UCR	Comunera de la Ciudad de Buenos Aires	Agosto de 2019, GEPOJu
Lucía Sánchez	54	PJ- La Matanza	Funcionaria del Municipio de La Matanza	Junio de 2019, GEPOJu
Silvia López Herrera	62	JP	Política. Exministra en diversas gestiones	Octubre de 2015, GEPOJu
Gabriel Puricelli	53	JI	Sociólogo, investigador	Octubre de 2015, GEPOJu
Laura Marrone	62	MAS	Legisladora de la Ciudad de Buenos Aires	Abril de 2016. GEPOJu
Jesús Rodríguez	64	JR	Político y economista	Abril de 2016, GEPOJu.
Ernesto Lamas	52	FJC	Comunicólogo	Septiembre 2013, Marina Larrondo
Fernando Melillo	60	JP-Capital	Maestro, exlegislador, exfuncionario de Juventud.	Mayo de 2016, GEPOJu

22 Los nombres de los entrevistados fueron modificados en los casos en que estos solicitaron mantener su testimonio en el anonimato.